

EL CARNAVAL DE TENEJAPA

ANDRÉS MEDINA HERNÁNDEZ

Anualmente los pueblos indígenas de los Altos de Chiapas celebran el Carnaval con gran entusiasmo y alegría, fiesta cuyos orígenes se remontan a los de la propia cultura occidental. Su existencia entre los tzeltales y tzotziles se debe a los misioneros y conquistadores españoles, que la imponen para sustituir las fiestas propias de estos pueblos de tradición mayanese, ligadas indudablemente a su antigua religión.

Ahora el Carnaval ha llegado a ser no sólo una fiesta más en el calendario festivo de cada pueblo, sino la más brillante y larga de todas, y la única que se celebra simultáneamente en todos los pueblos de la región. El sentido agudamente festivo que caracteriza a esta fiesta se extiende hasta el más escondido rincón de este laberinto montañoso.

Describiremos el Carnaval según se celebra en el pueblo de Tenejapa, donde viven cerca de 10,000 indígenas que hablan casi exclusivamente el tzeltal, pues son todavía muy pocos los que conocen el español.

Tenejapa es uno de los pueblos situados en la abrupta zona que rodea a la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, entre montañas de pedregosos declives y espesos bosques de pinos, encinos y robles. Comparte una serie de rasgos culturales comunes a todos los pueblos de la región. Sus habitantes son campesinos que trabajan duramente para obtener apenas lo suficiente para subsistir, lo que se debe fundamentalmente a dos factores: lo sencillo de sus herramientas y de sus sistemas de trabajo, y la pobreza de un suelo inclinado que se agota rápidamente y acaba erosionándose. El constante movimiento de los campesinos hacia las tierras nuevas impide la concentración en poblados compactos. Sus viviendas se dispersan irregularmente formando aislados grupos no mayores de cinco casas, en donde residen grupos familiares, frecuentemente ligados por el parentesco.

El exagerado etnocentrismo hace que cada pueblo despliegue grandes esfuerzos para distinguirse de los que le rodean. Cada uno tiene su propia indumentaria distintiva, sus propias autoridades político-religiosas que resuelven todos los con-

flictos internos, y también su propia forma dialectal que les identifica rápidamente entre sí. En lo económico encontramos que cada pueblo tiende a la autosuficiencia, cultiva el maíz para satisfacer sus propias necesidades, aunque la estrecha dependencia comercial que tienen con los mestizos les obliga a cultivar otros productos de valor comercial y a trabajar en las fincas cafetaleras.

Los ladinos, como se llama localmente a los mestizos, son los proveedores de productos fabricados en la ciudad y que son de primera necesidad para los indígenas, como la sal, el azúcar, los cerillos y las herramientas metálicas, o bien los de uso votivo como los cohetes, las velas, el incienso, los cigarrillos y el aguardiente, indispensables completamente para el culto.

La dispersa población de Tenejapa se reúne semanalmente en el pueblo cabecera para intercambiar productos y obtener aquellos procedentes del exterior; allí se localiza el centro político y religioso de mayor importancia, donde están el Cabildo y la iglesia, y donde residen temporalmente los funcionarios en turno, para el desempeño de sus cargos. En la cabecera se celebran las grandes fiestas que agrupan a los habitantes que viven la mayor parte del tiempo en la soledad de la montaña. En realidad no están completamente aislados, pues además de formarse grupos familiares con viviendas próximas, se agrupan en parajes. Un paraje es una unidad residencial con nombre propio y cuyos habitantes designan a un representante que funciona de intermediario con las autoridades de la cabecera. Los parajes de Tenejapa son 21, y cada uno tiene también un Cabildo de Milpa, encargado de organizar las ceremonias agrícolas en nombre de los vecinos. El Carnaval es la única fiesta que se celebra también en los parajes, estando su organización a cargo de una persona especialmente nombrada que es el Cabildo de Carnaval, *kabildo yu'un k' in jlo'il* en tzeltal.

El Carnaval, o *tajimalk'in*, tiene en Tenejapa una duración de doce días, tanto en la cabecera como en los parajes, de los cuales el séptimo, el octavo y el noveno días corresponden a las fechas indicadas en el calendario cristiano. En el centro ceremonial la organización de la fiesta corresponde a los alférez, o *kapitantik*.

Los grupos de alférez constituyen las más populares instituciones religiosas del pueblo. El poco gasto que se exige a sus integrantes, así como el menor tiempo que se distrae a las ocupaciones agrícolas, permite a todos los hombres participar con bastante frecuencia en los nueve grupos de alférez que existen.

Los puestos de alférez se cambian anualmente y los requisitos para ingresar exigen el ser miembro de la comunidad, es decir, haber nacido y residir en ella, hablar la forma dialectal y vestir la peculiar indumentaria que los distingue de los otros pueblos indígenas; igualmente se requiere estar casado y asistir a todas las reuniones previas a la fiesta, y en la celebración misma, llevar la indumentaria ritual y una cantidad de alimentos exactamente estipulada. Con la fiesta termina la obligación de los alférez; al día siguiente se considera que entran ya en función los nuevos alférez, quienes se reunirán cada veinte días en el pueblo cabecera para aprender los rezos apropiados y establecer relaciones amistosas entre sus miembros, la mayor parte de los cuales procede de diferentes parajes. Estos grupos reúnen y organizan al mayor número de personas, siendo el más grande el de-

dicado a celebrar el Carnaval, que puede incluir hasta 200 personas. No hay un número definido, la cantidad depende de la capacidad organizativa de aquellos que lo encabezan y dirigen, que son los *bankilal kaptan*.

Todos los grupos de alférez se dividen en dos secciones completamente independientes en su organización, una se denomina de "arriba" y la otra de "abajo", pero cualquier persona del pueblo puede participar en una u otra, sin que tenga importancia el paraje en que resida ni los apellidos que tenga.

Entre los alférez de Carnaval los *bankilal kaptan* son 8, ubicados en un orden jerárquico que va del primero al octavo. El primero se conoce como *bankilal kaptan yu'un jlo'pil k'in*, o *bankilal kaptan yu'un kajmanojel* y es quien solicita el cargo al presidente municipal con la debida anticipación. Dado el gran prestigio que otorga el ser alférez de Carnaval, las solicitudes se tienen que hacer con diez años de anticipación. El primer alférez nombra a los otros siete, con quienes organizará la sección y reunirá al resto de los integrantes del grupo para la festividad.

Una vez nombrados los *bankilal* se procede a solicitar que participe en el grupo un rezandero de reconocida experiencia y prestigio en las actividades religiosas, quien una vez que acepta invita a otros tres rezanderos más. El grupo recibe el nombre de los *jnail*, que son los encargados de la organización en lo que concierne al aspecto ceremonial, así como de la preparación religiosa de los alférez de su sección. También ellos se organizan jerárquicamente y al que los encabeza lo llaman *ts'un'a'tel*, siguiéndole el *xchebal jnail*, o "segundo *jnail*", y así sucesivamente. Dirigen los rezos e instruyen a los alférez en las reuniones previas que tienen en el centro ceremonial; son sumamente respetados, toda conversación con ellos se inicia con elaboradas fórmulas y gran humildad y con frecuencia los miembros de la sección les obsequian alimentos y aguardiente.

Los mismos *bankilal* tienen que buscar a los tres músicos que les acompañarán, uno de los cuales tocará la trompeta, otro la flauta y el tercero el tambor. Buscan también a cuatro personas propias de los grupos de alférez de Carnaval, que son los "cantores", dos son llamados *alosil*, uno mayor y otro menor o *bankilal e ijs'inal*, y los otros dos *jmolvik*, mayor y menor también. Estas personas son las mismas cada año, pero es necesario que los *bankilal* les vayan a pedir personalmente que participen.

El contingente más numeroso de cada grupo lo forman los alférez menores, *ijts'inal kaptantik*, que en su mayoría son jóvenes bisoños que inician su participación en las instituciones religiosas del pueblo, y cuyo mayor interés es el de aprender las normas de conducta que rigen la vida social en el centro ceremonial y establecer relaciones amistosas con gentes de otros parajes. En cambio, los *bankilal* participan con el interés de obtener prestigio para después llegar a ocupar puestos de mayor importancia. Es a través de las instituciones religiosas y políticas como los miembros de la comunidad definen su posición social, de donde la importancia y necesidad de participar en ellas.

Entre los alférez "menores" frecuentemente se admite la presencia de uno o dos jóvenes solteros, no obstante que el estar casado es un requisito indispensable,



Lám. I.—Grupo de alférez llevando las banderas que los distinguen.



Lám. II.—Alférez de Carnaval con sus banderas rojas.

teniendo exactamente los mismos derechos y obligaciones que el resto de sus compañeros.

En los tres primeros días de Carnaval se reúnen los integrantes de cada sección en la casa de su respectivo *bankilal kaptan*, para armar el toro de petate que cargará un alférez y danzar continuamente durante los días de la fiesta, hasta el último día en que es simbólicamente muerto y destazado. Un grupo de alférez se encarga de ir al monte a cortar las varas para el armazón, otros tuercen ixtle para hacer las cuerdas. Los petates que cubren el armazón de las varas se compran con la cooperación de todos. En este proceso de construcción del toro empieza ya el ambiente festivo, facilitado por la ingestión de aguardiente, la música y las bromas más o menos pesadas que se hacen entre sí, usando palabras de doble sentido.

El cuarto día, jueves, se inician las grandes ceremonias. Los miembros de la sección de "arriba" se reúnen en un llano situado en la parte norte del pueblo, en lo que era el atrio del templo de San Sebastián, en ruinas desde el siglo XVII. Por la mañana las mujeres de los alférez se sitúan en torno a este atrio, formando un semicírculo; se sientan en el suelo llevando ollas con calabaza en dulce y botellas de aguardiente rebajado y chicha, que es una bebida local hecha con jugo de caña fermentado con salvado de trigo. Forman grupos que conversan animadamente e intercambian bebidas y alimentos, en tanto que los hombres se forman en el centro en una columna de cuatro filas, orientada de este a oeste.

Algunos visten las ropas ceremoniales comunes a todos los funcionarios religiosos, es decir, llevan un chamarro negro de lana, sobre el que cruzan el *chukiljolol* —especie de estola con franjas de color azul y rojo que se combinan alternadamente y que se usa también como turbante, vocablo que literalmente significa "faja de la cabeza"—, y un rosario de cuentas de vidrio del que cuelgan medallas y monedas antiguas y, en su extremo, una cruz metálica; el atuendo se completa con el sombrero tradicional, adornado con listones de colores. Pero entre los alférez menores muchos llevan un pantalón y una chaquetilla de franela roja, adornados con listones dorados y cascabeles metálicos. Todos llevan en una mano una vara a la que se ha sacado mucha viruta hasta formar una especie de pelambre en uno de sus extremos, es el llamado *wotswotste*?, "palo frondoso", y en la otra una bandera de tela roja. Ambas piezas son confeccionadas por los "cantores".

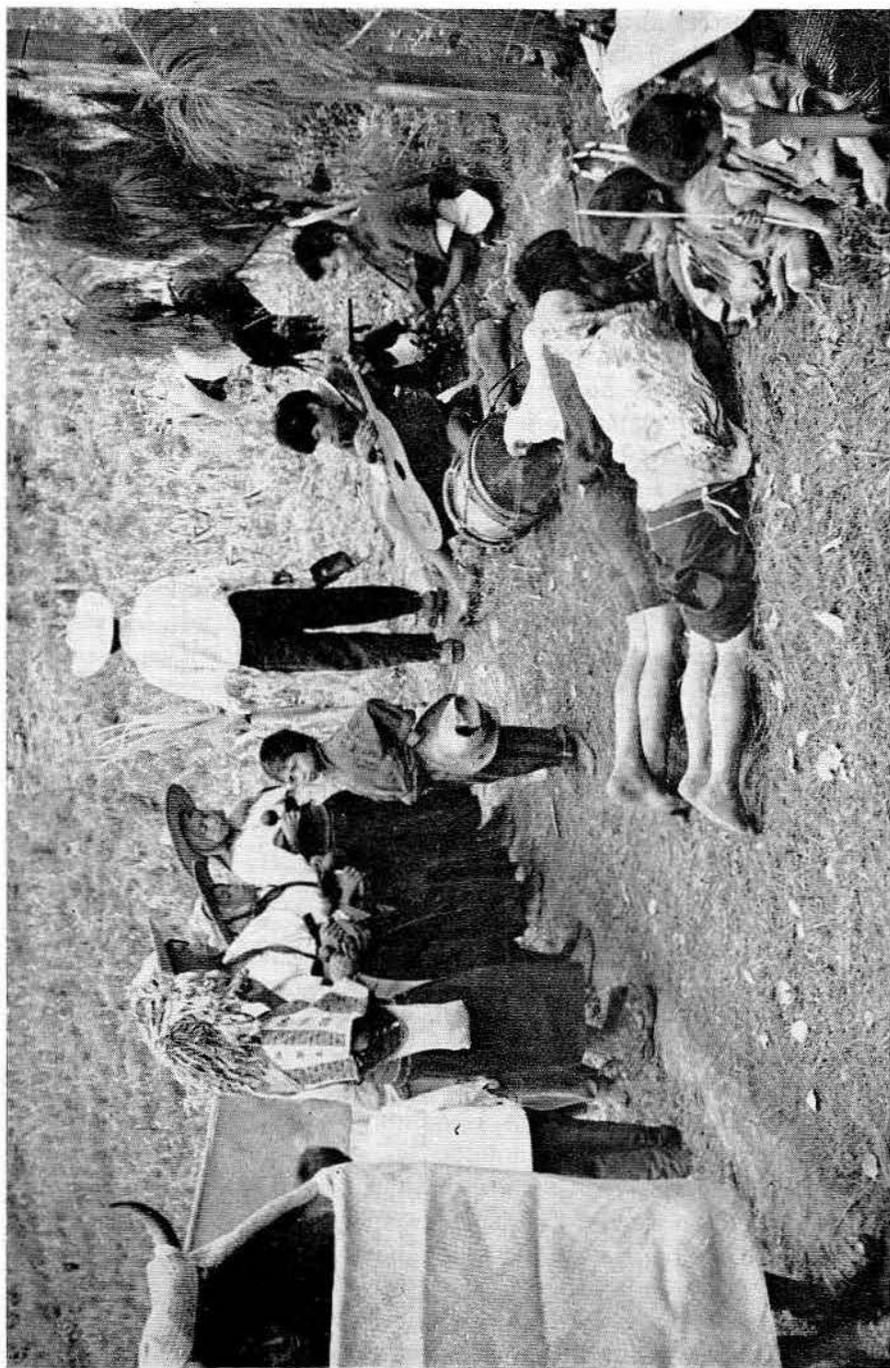
La columna la encabeza el toro de petate, luego van los músicos, quienes tocan las melodías apropiadas para cada momento de la ceremonia, y tras ellos los alférez que llevan tres grandes banderas rojas, distintivas de todos los grupos de alférez. Son seis las banderas, guardadas celosamente en la iglesia, y que sólo los alférez manejan; cada sección toma tres. Sigue el grueso de la columna, formado por todos los alférez menores, luego los ocho *bankilal* y, finalmente, los *jnail*.

Cuando la columna se organiza y forma, se inicia una carrera como de cien metros, de ida y vuelta, sin perder el orden mencionado y dando fuertes gritos y risotadas. Al regresar, la columna se desintegra momentáneamente, al acudir sus miembros hacia donde están las mujeres para beber chicha y aguardiente. Después



Lám. III.—Músicos del paraje tocando violín y rabel en la casa del Cabildo.

BIBLIOTECA CENTRAL DEL
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
CIUDAD DE MEXICO.



Lám. IV.—Grupo del paraje rezando en un sitio sagrado, con los Cabildos frente a las cruces, los "ladinos", las "maruchas" y el toro.

BIBLIOTECA CENTRAL DEL
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
CIUDAD DE MÉXICO.

vuelven a su sitio, pero formándose la columna de norte a sur, y repiten la carrera. Todos estos acontecimientos llevan por lo menos tres horas. Al terminar esta carrera, el grupo completo de alférez y espectadores se trasladan al parque central del pueblo, frente a la iglesia, para repetir exactamente las mismas carreras. Mientras tanto, los de la sección de "abajo", junto con las autoridades del Ayuntamiento, permanecen como espectadores, vistiendo de todas maneras las ropas ceremoniales, pero no la ropa de franela roja que es exclusiva de los alférez que actúan. Al día siguiente le toca el turno a la sección de "abajo", y la otra permanece como espectadora.

Así se van alternando hasta el noveno día. En el décimo y décimo primero tiene lugar una ceremonia especial a cargo de los "cantores". La columna se forma igual que en los días anteriores, y frente a ella los "cantores" hacen una pantomima de las operaciones agrícolas. El corte y quema de la maleza, la siembra del maíz, son simuladas; después uno de ellos, que lleva una comadreja disecada, la acerca al sitio en donde se sembraron los granos de maíz para sacarlos. Todo esto se hace al pie de la cruz atrial, dando a todos sus movimientos un aire cómico y grotesco. Después repiten el acto de la siembra y el robo a los pies de cada alférez, quienes los premian con un vaso de aguardiente que deberán beber de inmediato.

El viernes, décimo segundo y último día, el fin del Carnaval se indica con la muerte del toro de petate. En la casa del *bankilal kaptan* se reúnen los alférez para dar muerte al animal, el que se desbarata y los petates se venden al mejor postor, con cuyo dinero se compra la última cantidad de aguardiente que se repartirá entre todos. Después todos regresan a sus casas.

En todos y cada uno de los días del Carnaval los *jnail* han estado muy atentos al desarrollo de las ceremonias, pendientes de cualquier detalle que pueda entorpecerlo. Ellos son los responsables, y cada día van a la iglesia a rezar y a ofrecer a los santos velas e incienso. En 1961, sucedió un incidente que puso de manifiesto la función de los *jnail*, la vinculación entre los acontecimientos festivos y las fuerzas sobrenaturales, el sentido sagrado de la fiesta.

Uno de los días de fiesta amaneció nublado y con amenaza de lluvia, lo que podía deslucir en gran medida todas las ceremonias. Inmediatamente se interpretó esto como una manifestación de enojo de los santos por la violación de las restricciones impuestas a los alférez, tales como la abstinencia sexual y el ayuno, practicados desde el primer día del Carnaval. Los *jnail* corrían presurosos a la iglesia y organizaban largos rezos con los miembros de su sección; los exhortaban a analizar su conducta anterior y a encontrar la posible causa del descontento divino. Quienes creían tener alguna culpa se acercaban a los *jnail* para confesarla. Luego los *jnail* iban a su vez ante las imágenes de los santos de la iglesia para implorar perdón y el cese de las manifestaciones hostiles. Sin embargo, el tiempo no cambió al tercer día, a pesar de las confesiones y los rezos. Los miembros de cada sección culparon a la otra de la situación, y ambas exigieron al presidente municipal que encarcelara a los alférez culpables. Ante la presión el presidente optó por encarcelar a la mayor parte de una sección —sólo los que cabían en la

carcel del pueblo—, pero éstos se sublevaron y lo golpearon por considerar que era injusta la medida. Al día siguiente el tiempo se compuso y la calma se restableció. El percance ponía en entredicho el prestigio de los dirigentes y rezadores, de ahí lo violento de las reacciones. Se pensaba en la insensatez de arruinar la fiesta, y con ella el prestigio de los organizadores, por la ignorancia de un alférez menor que infringía las normas establecidas.

Y en tanto que en el centro ceremonial el Carnaval se festeja alegremente por los grupos de alférez, en los parajes se celebra también bajo la dirección de expertos ancianos rezadores, llamados los "Cabildos de Carnaval", *bankilal kawilto yu'um jlo'it*.

En el paraje las ceremonias dejan ver con mayor facilidad la vigencia de la religión indígena y el enorme apego a la cultura tradicional. La descripción que haremos a continuación se basa en observaciones efectuadas en el paraje de *kul'ak'tik*, en donde cada año se organizan dos grupos que actúan independientemente uno del otro, como sucede con los habitantes de los parajes de *kotolte'* y *sibanilja'*. Cada grupo es encabezado por el Cabildo, quien tiene un ayudante que actúa con él en todas las ceremonias, es el *ijts'inal kawilto* o "cabildo menor", un anciano rezandero nombrado por el *bankilal kawilto* para que le suceda a su muerte. Les acompañan dos músicos que tocan flauta y tambor, y que alternan con el violín y el rabel. Un toro de petate, cargado por un vecino, danza constantemente al ritmo de la música, haciendo cabriolas y espantando a los niños que le siguen entre gritos. El toro de petate encabeza al grupo en todo su recorrido por los sitios sagrados del paraje. Algunos vecinos se visten con ropa de ladinos, otros con la de mujeres indígenas, llevando éstos últimos las más elegantes prendas femeninas, enredos nuevos y huipiles de bello tejido; completan el atuendo con una mascada que cubre la cabeza y encima un sombrero del tipo usado por los tenejapanecos. Al hombre más viejo que encabeza a los vestidos como ladinos se le llama el *bankilal kaxlan* (*kaxlan* se llama al ladino en tzeltal), y al que encabeza a las "mujeres" se le llama *bankilal antsil ajk'ot*, "primero de las mujeres danzantes". El número de los así vestidos no es constante, varía diariamente, pues algunos participan sólo unos días, para después asistir como espectadores al centro ceremonial o bien a otros pueblos cercanos.

En los tres primeros días sucede lo mismo que en la cabecera: se reúnen los vecinos en la casa del Cabildo para construir el toro de petate. Los asistentes cooperan con algunos centavos para la compra de los elementos necesarios al culto —incienso, velas y aguardiente—, y de los petates para el toro.

Para el cuarto día, el jueves, aparecen los vestidos de ladino y de mujer. En la mano llevan sonajas hechas de jícara y hueso de venado. Los que visten como ladinos muestran una gran variedad de prendas, en su mayor parte viejas y remendadas por todas partes, a lo cual se aúna el aire ridículo y estrafalario con que las llevan, añadiendo algunos máscaras de madera y animales disecados. En contraste, los que se visten de mujer presentan cierta uniformidad —pues todos los trajes son iguales—, además de que lucen el multicolor tejido de los huipiles.

Los "ladinos" forman una fila, y tras ellos, también en fila, van las "mujeres",



Lám. V.—Cabildos de Carnaval iniciando el rezo.

BIBLIOTECA CENTRAL DEL
INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
CIUDAD DE MÉXICO.



Lám. VI.—Algunas "maruchas", como se llama a los disfrazados con ropa femenina.

o "maruchas", como también se les conoce. Ellos aúllan de vez en cuando, y todos danzan a pasos cortos siguiendo la música.

Los dos Cabildos se distinguen del resto por llevar en el cuello un rosario de cuentas de vidrio, como los usados en el centro ceremonial, así como por llevar los incensarios y las velas.

Todos se reúnen espontáneamente en la casa del Cabildo el jueves; danzan y bromean, e inician un recorrido que terminará exactamente hasta el jueves siguiente. En todos estos sitios se visitan los trece sitios sagrados del paraje, los *anjél*, indicados por una cruz de madera, pero frecuentemente son interrumpidos en su recorrido por los vecinos que los invitan a sus casas para que en ellas recen y beban chicha.

En cada cruz el grupo se detiene a efectuar una ceremonia que comienza cuando todo el grupo da seis vueltas a su alrededor, formados en una fila que encabeza el toro de petate, seguido por los músicos, los disfrazados y los Cabildos.

En calidad de espectadores les sigue un grupo formado por mujeres y niños, que se mantiene a una distancia respetable para no estorbar las ceremonias, pero participando en las libaciones de chicha.

Después de las vueltas, los músicos y los Cabildos hacen tres genuflexiones frente a la cruz; la primera viendo hacia ella, la segunda dándole la espalda, y la tercera igual que la primera. En seguida los músicos se sientan a un lado tocando sus instrumentos y los Cabildos se hincan frente a la cruz, prenden cuatro o seis velas y el incensario, e inician, con un lejano remedo de la persignación católica, un rezo plagado de arcaicas palabras tzeltales, engarzadas en una entonación musical de voz en falsete. Lo que dice el primer Cabildo lo repite inmediatamente el segundo; no pueden rezar a una voz porque las oraciones son improvisadas y en este caso el primer Cabildo tiene la iniciativa. Cuando se cansan de estar hincados, se agachan, apoyándose en los codos, y finalmente acaban tirados bocabajo, apenas levantando la cabeza. Mientras los Cabildos rezan, los músicos tocan y los disfrazados danzan dando aullidos de vez en cuando. Al terminar el rezo, los Cabildos se levantan y saludan a los músicos y danzantes, uno por uno, empleando ceremoniosas frases, como si se encontraran por primera vez en ese día. Es que salen del trance en el que establecen contacto con los dioses. Momentáneamente el grupo se olvida de la ceremonia y todos conversan entre sí, habiendo una especie de relajamiento. A una indicación del Cabildo el toro inicia la marcha hacia el próximo *anjél* para repetir exactamente la misma ceremonia.

Cuando el grupo es invitado a una casa, efectúa la misma ceremonia, rezan los Cabildos en el altar de la casa y los disfrazados danzan en el solar, para después beber la chicha que les es ofrecida por el dueño de la casa. En realidad el recorrido por todos los sitios sagrados del paraje podría hacerse en dos o tres días, pero las constantes invitaciones de los vecinos hacen lenta la marcha y abundantes las borracheras.

El séptimo día, domingo, los dos grupos de *kul'ak'tik* se reúnen con los dos de *kotolte*² y los dos de *sibanilja*² en un sitio de importancia para los tres parajes, llamado *pokolum*, "pueblo viejo", donde se dice se fundó originalmente Tenejapa.



Lám. VII.—Músico disfrazado de ladino.

BIBLIOTECA CENTRAL DEL
INSTITUTO ESTADÍSTICO GEOLOGÍA E HISTORIA
CIUDAD DE MEXICO.



Lám. VIII.—El Carnaval en *pocolum*.



Lám. IX.—El grupo de Carnaval iniciando la ceremonia en la casa de un vecino del paraje.

El lugar está indicado por tres grandes cruces de madera, a cuyos pies cada uno de los grupos que va llegando efectúa una ceremonia como la descrita anteriormente, sólo que aquí se hace más larga. Se dan doce vueltas alrededor de las cruces, las seis primeras a toda carrera. Una multitud formada por indígenas exclusivamente, se reúne desde muy temprano, realizándose un intercambio comercial de frutas y alimentos, y principalmente destaca la venta de chicha. Al llegar, cada grupo realiza la ceremonia, y al terminarla los Cabildos se retiran sumándose a los espectadores; sólo continúan los disfrazados, los músicos y el toro, de tal manera que cuando los seis conjuntos han llegado se forma un impresionante grupo que mantiene cierto orden. Una docena de músicos que tocan independientemente por parejas, y un centenar de danzantes que aúlla y gesticula, se combina con el indefinido murmullo de una multitud, que va aumentando de intensidad con el día, gracias al aguardiente y a la chicha ingeridos, hasta estallar en una gritería y gran confusión. Varios de los disfrazados se derrumban de ebriedad, otros riñen entre sí y una gran parte continúa danzando mecánicamente. Al atardecer todos regresan desordenadamente a sus casas y al día siguiente cada grupo continuará su recorrido por separado.

En el décimo segundo día, viernes, desaparecen los danzantes y toda la actividad se concentra en el toro de petate, sentenciado a morir al atardecer. Desde días antes los espectadores simulan la compra-venta del toro, empleando hojas de cafeto como billetes y gritando los precios ofrecidos, de tal suerte que el toro al oír los precios arremete contra los espectadores nulificando la operación. En voz alta se mencionan las virtudes y defectos del toro, como si fuera real, haciendo bromas, hasta que el viernes los niños lo corretean por las veredas del paraje tratando de lazarlo, y un hombre armado de un gordo lazo lo atrapa y pasea por el paraje, entre los gritos de una multitud de niños que los sigue. Atan al toro a un poste y se simula degollarlo. En este momento el hombre que cargaba el armazón sale corriendo. La operación se termina desmontando el armazón, como si se destazara al toro. Los petates se venden entre los propios vecinos para comprar el último aguardiente. Los cuernos y la cola del toro, así como los instrumentos musicales, se devuelven al Cabildo, depositario de estos objetos de propiedad comunal. Así, el Carnaval en el paraje muere también con el toro de petate.

El esplendor y la espectacularidad logrados en esta fiesta son difíciles de repetir en el calendario ceremonial de cada pueblo, pues en verdad es la más grande de todas las fiestas en la región. En sus características no es difícil distinguir elementos que denuncian su procedencia española, pero los hay también que enseñan las características claramente indígenas, tanto en el aspecto material como en el relativo al complejo sistema de creencias. Es un magnífico ejemplo de sincretismo que demuestra el proceso aculturativo sufrido por la cultura india, a pesar de las buenas intenciones de los antropólogos puristas que quieren ver una cultura no contaminada, creyendo que tienen ante sí la antigua cultura de los mayas clásicos.

Comparando el Carnaval de Tenejapa con lo dicho por Foster para España,¹

¹ Foster, G. M. *Cultura y Conquista, la Herencia Española de América*. Universidad Veracruzana. Xalapa, Ver. México, 1962.

encontramos que existen algunos aspectos semejantes que reflejan su procedencia española en la cultura indígena, como es la importancia de los jueves —que son considerados los más apropiados para dirigirse a los santos y a los dioses en general, no sólo en el Carnaval, sino en todo el año—, el uso de máscaras, las danzas de los disfrazados con bromas de doble sentido y franca alusión sexual, la personificación del espíritu del Carnaval en el toro de petate, con su resistencia a ser vendido y matado. Igualmente se advierte el origen hispano de los trajes de franela roja de los alférez, de los nombres de funcionarios como "cabildo", "capitán", "cantor", "alférez", etc. Las carreras de los alférez parecen ser una reminiscencia de los "carrerantes", existentes en otros pueblos, es decir, indígenas que corren a caballo en la fiesta.

Como fiesta indígena se distingue de las demás en muchos aspectos; uno de ellos es su muy larga duración, pues no existe ninguna otra que llegue a durar los doce días. El ceremonial practicado es también diferente. La columna de alférez, las carreras, los "cantores", la pantomima del trabajo agrícola, la aparente abstención de los mayordomos en todo el ritual, la ausencia de procesiones con los santos, son aspectos ajenos al ceremonial observado en el resto de las fiestas. Elementos peculiares lo son también la ausencia de cohetes y el uso de banderas y del "palo frondoso".

Sin embargo, todos estos aspectos permiten reconocer a la cultura indígena no sólo en cuanto se refiere a la cultura material, sino en lo que toca a la manera de ver el mundo y de explicar las relaciones del hombre con la Naturaleza, como lo pone de manifiesto el incidente antes mencionado en que se establece una directa relación causal entre las condiciones naturales y el hombre, dependiendo de éste el equilibrio del universo y originándose en este hecho la responsabilidad que se tiene en el más pequeño detalle.

La organización de los grupos de alférez es igual a la de los otros grupos del pueblo, con sus *bankilal kaptan*, sus *jnail* y sus *ijts'inal kaptan*. Los primeros como responsables y ganadores del prestigio, los segundos como rezanderos que van a dirigir el ritual y a impedir no sólo el deslucimiento de la fiesta, sino aún el fin del mundo, por el error que pueda cometer algún bisoño por simple ignorancia; son ellos los únicos capaces de entrar en contacto directo con los dioses, de halagarlos con el incienso, las velas y los rezos. Los *ijts'inal kaptan*, alférez "menores", son jóvenes aprendices que con su participación en las instituciones del centro ceremonial inician una etapa importante en el proceso de socialización, pues mientras estuvieron solteros confinaron la mayor parte de su existencia al duro trabajo agrícola en el paraje.

Y un aspecto propio de la cultura indígena que aquí observamos es la combinación de las actividades políticas y religiosas. Ya mencionamos la intervención del presidente municipal en el incidente descrito, y que es a él a quien se hacen las peticiones para ocupar el cargo, pero hay más todavía. Al presidente municipal lo asesoran los *alkalt*, miembros del Ayuntamiento, en la aprobación de las solicitudes de alférez. Los *alkalt* son hombres maduros que han tenido una larga participación en las instituciones político-religiosas del pueblo y por ello son capa-



Lám. X.—El grupo ante un sitio sagrado, indicado por las cruces de madera.

ces de reconocer a quienes reúnen los requisitos para ocupar el cargo. Los que solicitan el puesto de alférez de Carnaval son en su mayoría ex-presidentes municipales, hombres que han adquirido prestigio en un puesto político, pero que requieren del religioso para ocupar una posición sólida en la comunidad; su inexperiencia en el ceremonial no les permite ingresar a otras instituciones religiosas y únicamente en los grupos de alférez tienen la mayor oportunidad. Las mayordomías están reservadas para gentes maduras con experiencia en el desempeño de otros cargos importantes de carácter religioso.

En las diferencias rituales entre lo que se ve en la cabecera y en el paraje encontramos un aspecto importante de la cultura de las comunidades con su población dispersa: la dicotomía paraje-centro ceremonial; el primero como refugio de lo indígena, alejado de la influencia aculturativa, y el segundo como punto de contacto con la cultura mestiza nacional, como centro de conflicto con los agresivos representantes del otro grupo étnico que son los ladinos.

En el ritual de la cabecera es donde encontramos el mayor número de elementos de origen hispano, los más visibles. En cambio, en el paraje se han asimilado, se han incorporado hasta formar parte coherente de la cultura indígena. Aquí el ceremonial es diferente al del centro ceremonial, pues es igual al de otras ceremonias agrícolas, utilizándose elementos vinculados directamente al simbolismo religioso indígena. Se ofrecen velas e incienso, acompañados de rezos en lenguaje arcaico y de música, a los dioses que residen en el inframundo, los "espíritus guardianes", *me^otiktatik*, y a los dioses particulares ligados a la Naturaleza, como la diosa de las heladas, del agua, el rayo, el dueño de los animales del cerro, etc., quienes otorgan un carácter sagrado a las cuevas, a las cimas de los cerros y a los caminos grandes, sitios donde se manifiestan y en los que se puede hablarles en la voz de los Cabildos. Son ellos dioses que ayudan al hombre, de los que dependen los cultivos y el hombre mismo, pero que también pueden destruirlo de un golpe. Tienen todo el poder y ello los hace igualmente buenos y malos.

Un aspecto en que la semejanza no se explica tanto como préstamo, sino más bien como igualdad de condiciones que lo determinan, es el carácter agrícola de toda la fiesta. En el centro ceremonial esto se advierte en la culminación de la pantomima del trabajo agrícola hecha por los "cantores"; en el paraje, en los rezos de los Cabildos que imploran por las cosechas y por las mejores condiciones para la agricultura, dirigidos a quienes creen que tienen el control directo sobre ellas, o sean, los dioses que residen en el inframundo.

Los tenejapanecos son agricultores cuya tecnología es de lo más simple, lo que les hace depender en grado extremo de las cambiantes condiciones ambientales. El cultivo de la milpa forma la base de todo su sistema económico, de allí la importancia de todo el ceremonial religioso, desplegado espectacularmente en el Carnaval, tendiente a controlar a los dioses, y por ellos al mundo del cual dependen.

Finalmente debemos mencionar que en el Carnaval se refleja también un aspecto importante en los pueblos indígenas de Chiapas; el carácter de las relaciones interétnicas, que aquí se manifiestan con ferocidad y crudeza. El indígena

disfrazado de ladino trata de ridiculizarlo no sólo con lo estafalario de la indumentaria, sino en los gestos mismos, en la manera de comportarse ante el indio, imitando grotescamente ese aire de superioridad manifiesto en muchos aspectos de sus relaciones con los indígenas.

En fin, el Carnaval, con ser una fiesta cuyo origen occidental es fácil de reconocer en los tzeltales de Tenejapa, nos ha permitido apreciar el proceso cambiante de la cultura indígena hasta el grado de ser en la actualidad un claro exponente de dicha cultura, no obstante la existencia de numerosos elementos que le son extraños.

